

espíritu que logró infundir á esta sociedad, es tarea patriótica en este país, al cual la geografía ha designado el puesto de centinela avanzado de la raza latina en América.”

EL DESIERTO DE LOS LEONES

EL DESIERTO DE LOS LEONES

EL DESIERTO DE LOS LEONES



CAMINO DEL DESIERTO

XXVIII

EL DESIERTO DE LOS LEONES

Una mañana muy fresca de mitad de Septiembre vino á buscarnos don Pío Noriega, acompañado de su pariente don Pedro Ruíz, en un potente automóvil americano, para llevarnos á mis hijas y á mí al "Desierto de los Leones."

Fuimos por el paseo de la Reforma, pasamos por cerca del palacio de Chapultepec, y después de haber comprado en una tienda de abarrotes (así llaman allí á las bodegas) de un pueblecillo cuyo nombre no recuerdo, una botella de coñac para combatir el mal de la montaña, si era necesario, empezamos á subir la empinada cuesta, de unos cincuenta kilómetros, á cuyo término está el Desierto referido.

A mitad del camino, y á unos quinientos metros de altura sobre la meseta central de Méjico, ó lo que es lo mismo, á 2,700 metros sobre el nivel del mar, hicimos alto para poner á las ruedas del coche la red que les impide pa-

tinar y aprovechamos el descanso para sacar algunas postales y contemplar el maravilloso espectáculo que desde allí se dominaba

Veíase el valle de Méjico con manchones de niebla. Aparecía la gran ciudad asomándose por entre bosques de verdura. Y luego la llanura inmensa; y á los lejos, como la arena de una gran playa formando marco á un mar nebuloso; y en el horizonte, en forma de anfiteatro, las montañas altísimas cubiertas de vegetación hasta la cima, aprisionando las nubes que, durante todo el verano y parte del otoño, riegan á torrentes la meseta central; y por encima de todo, como centinelas gigantescos, los grandes volcanes con sus cabezas plateadas por el frío de los siglos.

¡Qué pequeña, desde allá arriba, desde la cima nevada del Popocatepelt y del Ixtacihualtl, debe de aparecer la obra material del hombre! Méjico, con sus soberbios edificios y con sus anchas calles y con sus grandes paseos, visto desde aquella altura parecerá un hormiguero. Y sin embargo, ante aquella gran obra de la naturaleza todavía me parece colossal la figura de Cortés, escalando con un puñado de hombres aquellas montañas, ascendiendo hasta los cráteres humeantes de los



EN EL BOSQUE

volcanes en busca de azufre para hacer pólvora, y no vacilando un momento en bajar á aquella gran llanura á pesar de verla cuajada de pueblos donde se albergaban multitud de guerreros, tan valientes, que llegaban al estoicismo ante la muerte, y tan salvajes que no sólo no daban cuartel al enemigo sino que le consideraban el plato más exquisito de sus horribles banquetes.

Arreglado el automóvil, continuamos nuestra ascensión; pero á poco rato nos encontramos con que la vía estaba interrumpida por un desprendimiento de terreno y un árbol que sobre ella había caído, á causa de las lluvias torrenciales del día anterior.

Al pie del obstáculo hallábanse detenidos dos automóviles que con unas cuantas americanas nos habían precedido.

Seguir el viaje á pie no era cosa fácil, porque á aquella altura (3,000 metros) el corazón más robusto siente fatiga.

Retroceder sin haber visto el Desierto de los Leones, y pasar por esa contrariedad ante aquellas americanas intrépidas que andaban desperdigadas por el bosque, recogiendo flores de la montaña, sin temor á las serpientes de cascabel que por allí abundan, no era nada

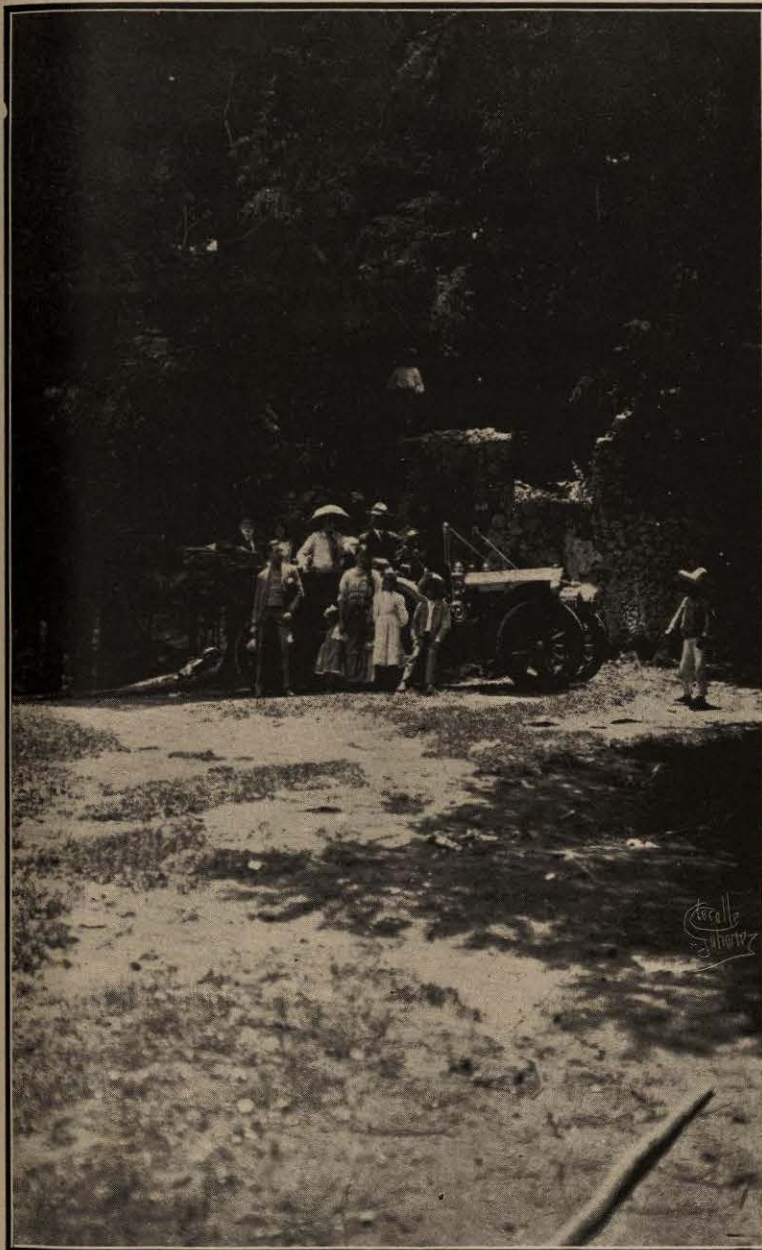
airoso para compatriotas de Cortés y de Alvarado.

Por eso don Pío Noriega decidió quitar el obstáculo y seguir hasta el fin. Para ello contrató, sin regateos, á los muchos indios que iban allí apareciendo, como si brotasen de la tierra, y dirigidos por don Pedro Ruiz trabajaron de tal modo que, al cabo de una hora, poco más ó menos, estaba expedita la calzada, habiendo tenido que emplear una pala á falta de un hacha, para cortar el árbol caído.

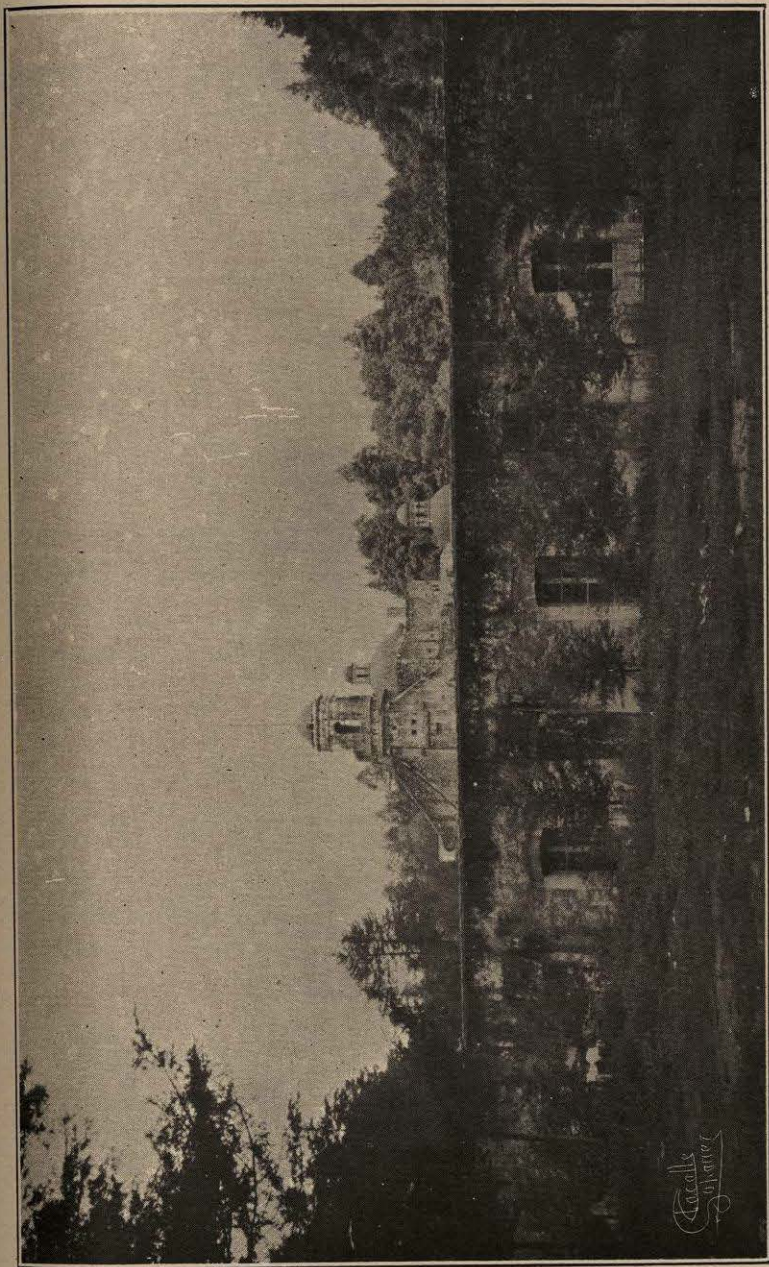
Y pasó nuestro automóvil entre el aplauso de las americanas que habían contemplado nuestro trabajo y de él se aprovecharon.

Veinte minutos después, subiendo siempre, por entre abismos ocultos por el follaje y haciendo curvas de sartén, llegamos al "Desierto de los Leones," que ni es desierto ni abriga leones. Leones ó leopardos sólo los hay, según nos dijeron, en tierra caliente, esto es bastante más abajo de la meseta central.

Allí lo que hay es un rincón escondido en un repliegue de la alta montaña, donde los carmelitas descalzos fabricaron un convento grandioso, del cual sólo quedan artísticas ruinas dando á aquel lugar, de una frondosidad



EL DESIERTO



EL MONASTERIO

*Lucas
D. 1911*

incomparable, un aspecto romántico que conmueve el ánimo y convida á la meditación. Está á mil metros sobre Méjico (3,200 sobre el nivel del mar) y 500 metros más arriba hay una capilla adonde, en tiempos pasados, subía todos los días un fraile á decir misa y á rogar á Dios, desde aquella gran altura, por sus pecados y por los pecados de los demás hombres.

Sacamos unas fotografías de las ruinas del convento y de varios grupos que formamos, haciendo que se nos uniesen, para darles carácter, unas cuantas indias con sus hijos, que viven en aquellos derruidos claustros; y después de tomar un sorbo de coñac para fortalecer un poco el corazón y los pulmones, abandonamos, melancólicos, aquellos lugares tan escondidos entre bosques sombríos, y tan poblados de fantasmas á poco que se dé suelta á la imaginación, y tan indescritibles.